

Volumen XX.—Noviembre 1.º de 1925.—Número 200.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXV

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Noviembre 1.º de 1925

ALOCUCION

de Monseñor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a los alumnos de las escuelas de Cundinamarca.

Este día, cuando ven reunidos aquí los alumnos de todas las escuelas de Cundinamarca, es para mí de intenso regocijo y no se borrará de mi memoria en los días de vida que Dios se digne concederme.

Quando Nuestro Señor Jesucristo andaba por el mundo, predicando el evangelio, antes de morir por nosotros en la cruz, se vio rodeado un día por cariñosa turba de chiquillos. Unos le tiraban del vestido, otros, más pequeños, se le subían a las rodillas y todos le hablaban y le preguntaban a un tiempo. Creyeron los apóstoles que aquella multitud incomodaba al Señor y trataron de apartarla; pero Jesús les dijo: «Dejad a los pequeñuelos venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos.» Por ser sacerdote soy ministro de Cristo, y el día en que se me anunció vuestra visita y se me rogó que os hablará unas breves palabras, respondí: Dejad a los niños que vengan, porque de ellos

es el reino de los cielos. Mas no sólo soy sacerdote, sino también colombiano, y veo en vosotros la esperanza y el porvenir de la Patria. Cuando los que hoy figuran en ella hayan bajado al sepulcro, muchos de vosotros seréis los juriconsultos que defiendan la justicia, los ingenieros que hagan llegar la locomotora aun a las más escondidas aldeas, los médicos que sanen las enfermedades del cuerpo, los sacerdotes que curen las dolencias del alma, los literatos y artistas que le confirmen a Colombia el título de *Atenas*, con que la han honrado sus hermanas las repúblicas del sur. Y los demás de entre vosotros, serán industriales y agricultores que pongan al descubierto los inmensos tesoros escondidos en nuestro suelo. Quizá estará aquí el futuro arzobispo de Bogotá, alguno que ciña su pecho con la banda tricolor, de presidente de la República. Os saludo con profundo respeto y fervoroso cariño. No os conozco, pero os amo con toda el alma y por vuestra felicidad estaría dispuesto a todo sacrificio.

Estáis en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado hace doscientos setenta y tres años por un religioso dominicano, arzobispo de Bogotá, llamado fray Cristóbal de Torres, cuya estatua de bronce estáis contemplando en el centro de este patio. Si en vuestro camino uno de vosotros le hubiera oído decir a un amigo: en esta casa nació tu madre, en ella se formó, en ella fue educada, ¡con qué emoción y placer hubiera recorrido sus corredores y aposentos! Pues yo os digo que en este Colegio nació la Patria vuestra madre, vuestra madre Colombia. Al calor de las enseñanzas del sacerdote español don José Celestino Mutis, cuyo busto habéis conocido frente al Observatorio astronómico, se formaron los varones que dieron el grito el 20 de julio de 1810, los que proclamaron la inde-

pendencia absoluta de Cundinamarca en 1813, los héroes de la magna guerra: Girardot, D'Elhuyar, Maza y Cabal. El pacificador Morillo convirtió este claustro en prisión y capilla de los próceres, y por aquella escalera descendieron al patíbulo los que ungieron a Colombia con su sangre: Francisco José de Caldas y Camilo Torres, Rodríguez Torices y Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez y Crisanto Valenzuela, quienes habían vestido esta misma beca blanca que vosotros ahora veis sobre mi pecho.

El Colegio del Rosario se fundó para formar cristianos y patriotas. Por eso en aquel costado se encuentra la capilla donde veneramos la imagen de Nuestra Señora, labrada por manos de una reina de España para este Colegio, y a quien invocamos con el título cariñoso de *La Bordadita*. Todas las tardes, a puestas del sol, nos congregamos para rezarle el santísimo Rosario, y, al propio tiempo, cultivamos el amor a la República, en cuyas aras estamos dispuestos a inmolarlo todo, hasta la propia vida.

Cuando hayáis cumplido los quince años y terminado vuestros cursos de escuela superior, venid aquí. No me hallaréis quizás, pero los que me sucedan os recibirán con los brazos abiertos; llegaréis aquí como a vuestra propia casa, en medio de cristianos, caballeros y patriotas.

Me permito felicitar efusivamente al señor Director de Instrucción pública y a sus dignos colaboradores por esta excursión, que será fecunda para la niñez y la juventud, y saludo a las señoras y señoritas directoras, a los señores preceptores de las escuelas de Cundinamarca. Vuestro papel es el más noble y elevado que existe después del sacerdocio católico, porque vosotros estáis labrando la futura grandeza de la nación. Vues-

tro oficio quizá es oscuro, ingrato y penoso, delante de los hombres; pero animáos con estas palabras del Espíritu Santo: «Los que enseñan a muchos la justicia brillarán como estrellas en las perpetuas eternidades.»

Bogotá, 12 de octubre de 1925.

FERNAN CABALLERO

(1796—1877)

I

La vida triplemente ejemplar e interesante de la noble dama conocida en todo el mundo con el pseudónimo de *Fernán Caballero* pudiera incluirse a la vez en los Florilegios de santidad, en la Historia de España y en la de la literatura mundial, porque en santidad rayaron sus virtudes heroicas, porque su nombre y los de sus padres están indisolublemente enlazados con la existencia nacional en uno de sus momentos más críticos, porque por las puertas de la casa paterna de Fernán entró el romanticismo en nuestra tierra, y porque a Fernán cupo la gloria de escribir *en vivo* la historia doméstica de la España que existió entre la Independencia y la revolución del 68, y de ser la primera en recoger en páginas que no morirán el alma de mi Andalucía.

Pero acerca de Fernán no ha dicho la crítica su última palabra; y no la ha dicho porque no podía decirlo, porque ni su vida ni su obra se conocen aún enteras; inédita permanece—¡quién lo diría!—una de sus novelas (*El mirlo*); inéditas y lejos de España sus cartas a M. Antoine de Latour, epistolario interesantísimo, revelado a la literatura por el insigne Morel-Fatio, que